

LA NOVELA FILM

N.º 63 Especial

50 cts.



LA MODERNA GARÇONNE



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año II

N.º 63

La Moderna Garçonne

Novela cinematográfica en dos capítulos inspirada en la célebre obra alemana de MARGARITA M.ª LANGEN

EMELKA FILM INTERNATIONAL

GRANDES EXCLUSIVAS

E. GONZÁLEZ

M A D R I D

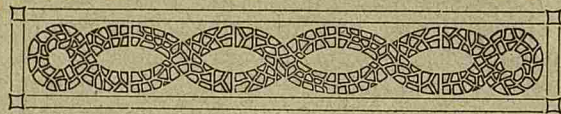
CONCESIONARIA PARA CATALUÑA, ARAGÓN Y BALEARES

INTERNACIONAL FILMS

VALENCIA, 278

BARCELONA





La Moderna Garçonne

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Luisa Berger, la protagonista de esta real narración, inspirada en una novela de Margarita M.^a Langen, es el símbolo del camino fatal y triste que siguen todas las pobres muchachas que, no sabiendo esperar en su pobreza, se lanzan por los senderos fáciles del amorio y del lujo; pasiones que duran, a lo sumo, lo que la juventud, y que van aislando el corazón y la persona, de aquellos afectos puros que son, al fin, la razón de nuestra vida.

Y si la loca juventud no sabe distinguir el sendero, sea el prudente consejo maternal el que arroje su luz sobre el abismo sin esperanza.

Luisa Berger, una joven que todo lo reunía: inteligencia, energía, belleza y amor al trabajo, sostenía con el producto de éste, miserablemente, a sus hermanitas, y ayudaba a su madre en la difícil tarea de evitar el total desmoronamiento del hogar en ruinas.

Todas las mañanas, vestidas ya sus dos hermanas con su ayuda, Luisa se dirigía a los grandes almacenes de la ciudad donde prestaba sus servicios en calidad de dependienta en la sección de guantería.

—Que seas buena y trabajadora y hagas hablar a madre—recomendaba invariablemente a la mayorcita de sus hermanas.

La causa de la pobreza a que se veía restringida la familia de Luisa, era el vicio funesto de la bebida que dominaba completamente al cabeza, Roger Berger.

No contento con no trabajar, siempre disculpándose de no hacerlo en el pretexto de no encontrar nada, el alcohólico echaba mano sin compasión para nadie de los modestos ingresos que Luisa conseguía con el sudor de su frente.

No escasas eran las veces que Luisa se cruzaba en la calle con su padre, al ir a reintegrarse a los almacenes, y que debía acompañarlo hasta el interior, para que los chiquillos, que lo escarneaban desde lejos, lo dejaran en paz de una vez.

Así, pues, mientras Luisa iba a ganarse el sustento y el de los suyos, su padre, haciendo irrupción en el hogar con más fueros que un

jefe de tribu salvaje, se tumbaba en el lecho, y si por casualidad su mujer o una de sus hijas se detenía a contemplarlo, ¡allá va!, le tiraba una bota o lo que le viniera en aquel momento a mano.

Después, a dormir, que la vida era sueño para él.

Afortunadamente para Luisa, en medio de sus tristezas había un rayito de sol: su novio Ricardo, empleado como modisto en los mismos grandes almacenes de la ciudad.

Hacía varios días que la joven no le había visto, pero, al fin, aquella mañana le encontró en el sitio de costumbre, y, camino del deber, conversaron largamente, como para recuperar el tiempo durante el que se vieron privados de ese placer.

—Tu relativamente corta ausencia, me ha parecido un siglo, Ricardo.

—Llegué anoche de París, de elegir, como ya sabes, las novedades de la temporada. No te he olvidado un solo instante.

—Y yo, para qué repetirte lo de siempre... Tú eres como la luz para mí.

—Podía quedarme un par de días más en el centro de la moda, pero no pude hacerme a la idea de no verte hoy. Y ¿qué me cuentas de nuevo desde que no nos vemos?

—Lo de siempre. Mi padre sin colocación. Mi madre pasando mil amarguras, y yo... ¡qué iba a hacer yo sino esperarte! Si no fuese por ti, no sé qué hubiera hecho ya!

—Tranquilízate. En cuanto me aumenten el sueldo, que será pronto, nos casaremos.

Y así, hablando del mágico mañana, llegaron los novios al trabajo, o sea, a la casa de modas Wesener y Compañía.

No era Luisa la única que miraba a Ricardo con buenos ojos: todo el personal femenino tenía puestos en él.

—¿Qué tal por París? ¿Qué llevan allí las señoras?—le preguntaron, todas a la vez, seis encantadoras modistillas, abrazándole las que podían.

—Pssh... Se puede decir que... casi nada—respondió maliciosamente el modisto.

Aquella familiaridad de sus compañeras no era motivo de satisfacción para Luisa, que veía en ella el natural peligro. Sin embargo, ¿qué había de hacer, sino resignarse, desechando ella misma sus temores!

Al almacén acudían, casi a diario, unos clientes de importancia. La señora de Wolkoff, y su hija Elena, “nuevos ricos”.

La “niña”, que tenía los veinte bien cumplidos, estaba loquita por Ricardo. Su pelo rizado le había sorbido el seso.

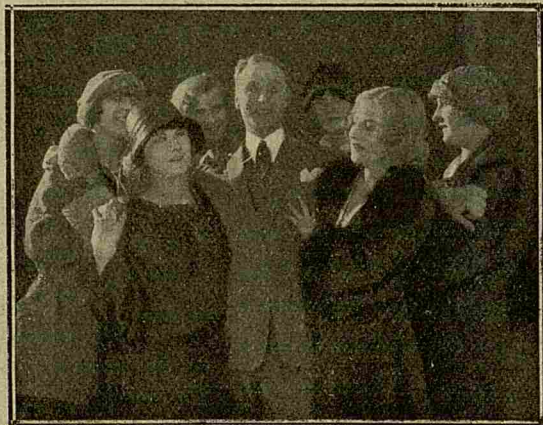
Margot, la compañera de sección de Luisa, apercibiéndose de la pasión de Elena por el modisto, le dijo a aquélla, sin comprender demasiado la indiscreción que cometía:

—Fíjate en la cara que pone la “niña” cuando le habla Ricardo; y eso que parece tonta.

Luisa no pudo mirar hacia donde le señalaba Margot, y ésta, en vista de la tristeza de

su amiga, se calló, no sin compadecer a la enamorada de aquel muchacho que, además de modisto, era muy agradable.

La mamá de la niña, muy amiga de la ostentación, como buena “nueva rica”, deseaba “adquirir” para su hija un hombre de mundo,



—¿Qué tal por París? ¿Qué llevan allí las señoras?

que supliera la falta de pesetas con su elegancia y don de gentes.

Ese objeto de lujo era ideal, tanto para la madre como para la hija, en Ricardo.

Por tal motivo, la mamá y la niña trataban al joven con sin igual atención.

—¿Qué se lleva en París este año?—preguntó la señora Walkoff.

—Muy poco... ¡la moda es tan sencilla!—respondió Ricardo.

Y Elenita, sonriendo, dijo:

—Me gustaría ver los modelos... y de paso podemos probar el vestido que les tengo encargado, ¿no?

—Con sumo placer, señorita.

Las “nuevas ricas” no reparaban en gasto, que buena era la bolsa del marido.

El vestido que debía lucir Elena en una próxima fiesta, se lo había presentado Ricardo como una *toilette* de gusto exquisito, y tan sólo por recomendárselo él lo encargara en seguida.

Aquel día, el de la prueba definitiva, Elena, protegida por su mamá, incitó a Ricardo a advertir la pasión que por él sentía, y se allanaba el terreno que las “nuevas ricas” deseaban recorrer...

Al terminar tan trascendental operación, la señora Walkoff dijo, extremadamente amable, al modisto:

—¿Querría honrarnos viniendo a cenar con nosotros esta noche a las nueve?

Ricardo no pudo declinar la invitación, y quedó en corresponder a ella.

No se le escapó al joven que la “niña” era un buen partido seguro si él se decidía a no dejarlo escapar, y meditó sobre lo que debía hacer...

Concluido el trabajo, como de costumbre,

ya de noche, los almacenes abrían sus puertas a los pájaros que en él se hallaban encerrados por el pan de cada día.

Cada cual buscaba su reposo en un amor distinto...

Luisa volvía a sentirse feliz al lado de Ricardo, y juntos esperaban, hablando de sus proyectos, la hora del retiro.

Aquel atardecer, Luisa, celosa de todas las demás mujeres, se cogió más fuerte que nunca del brazo de su novio, y le murmuró llena de cariño:

—¿Cuándo se acabará tanto paseo, y podremos vivir en nuestra casita, muy tranquilos y felices?

Ricardo, cuyo pensamiento distaba mucho de Luisa, evadióse así:

—Espero que pronto. Hoy estoy invitado a cenar en casa de los Walkoff. Quizá de esta entrevista salga su ayuda, y nuestra felicidad, Luisa.

—¿Tú crees, Ricardo?

—¡Qué no haría yo, mujer, para adelantar la realización de nuestros planes!

—Sí, sí, te creo, Ricardo... Necesito creerte... ¡Ansío tanto ser feliz!

Ricardo miró tiernamente a su novia, e íntimamente sintió el insano orgullo de saberse amado en absoluto por ella... y admirado por otras...

De regreso en su hogar, Luisa volvió a sumergirse en las tristezas de la miseria; en tanto que Ricardo, lleno de egoísmo, la substituía

en su espíritu por Elena, y se vestía de etiqueta para acudir a la cena.

A las nueve de la noche, en casa de los Walkoff, Elena daba el último toque a su deslumbrante atavío, sirviéndole de espejo los burlescos ojillos de su doncella.

—¿Cómo me encuentras? ¿Estoy bien?
¿Crees que gustaré?

—Está usted *encantadísima*. ¡Ay! ¡Quién pudiera lucir así sus... trajes!

Y Elena, convencida de que estaba irresistible, coqueteaba tontamente.

El invitado fué puntual.

Introducido en el saloncito particular del señor Walkoff, Ricardo curioseó durante la espera de la llegada de los dueños de la casa, y entre otras cosas se fijó en los puros habanos que gastaba el “nuevo rico”, sorprendiéndole que las fajas llevasen su nombre.

—Hay que ver cómo se cuida esa gente...— murmuró el joven, abriendo el ojo del interés.

No se hicieron aguardar mucho los señores.

Huelga detenerse a hablar de la riqueza en joyas y trapos que lucían la mamá y la hija, y la cara de hombre despreocupado del dueño, dentro de un frac que, a pesar de adaptársele a su medida, le venía anecho...

En los ojos de las dos mujeres brillaba el cebo de la simpatía con que pretendían pescar al modisto de distinguidos modales.

Ricardo también sonreía... y todo hacía presagiar un desenlace altamente provechoso para su ligera cartera.

El señor Walkoff, más frío que un *croupier* de un “treinta y cuarenta”, dejaba hacer a su mujer y a su hija. Lo principal para él era que lo dejasen en paz. Bastantes quebraderos había tenido años atrás, para creerse ya en derecho de darse una buena vida.

En su juventud, el “nuevo rico” fué un modesto hortera de artículos coloniales. Llegó la guerra, se hizo acaparador, y como le sobraba la falta de escrúpulos, ganó el dinero a espuertas.

Desde entonces, la cacatúa de su esposa y la cursi de su hija, lo gastaban sin consideración.

Partidario de que, teniendo en cuenta que la vida es corta, no debe desaprovecharse ninguna ocasión para divertirse, el señor Walkoff lo distribuía entre las “pobrecitas mujeres” que en su concepto lo merecían...

Por esa razón, la circunstancia de tener mucha relación entre el sexo femenino, era lo que más le gustaba de Ricardo, con quien, de llegar a ser su yerno, haría buenas migas.

Así, acosado por tres representantes del oro, el modesto empleado no tenía salvación posible.

Entretanto, Luisa, bien ajena al peligro que amenazaba a su porvenir y a su amor, pensaba en Ricardo.

En los siguientes días fué Luisa la que esperó a Ricardo..., pero inútilmente.

—No sé qué le pasa a mi novio. Hace días que no me espera para entrar juntos al trabajo, y cuando sale no le veo—dijo, al fin, necesitando consuelo, a su compañera de sección.

—¡Qué tonta eres! ¿Por qué te comprometes con nadie? Haz como yo: lo práctico, esto es, divertirse, y dejarse de amores serios.

—¡Le quiero tanto!...

—Estás apañada, hija, con tu romanticismo. Los hombres abusan de nuestra candidez.

—No digas eso, Lotty. Ricardo es bueno, y se casará conmigo.

—Ya me gustará verlo. Pero yo, en tu lugar...

* * *

—Eres incorregible, Lotty. Si tú tuvieras la pobre familia que yo tengo, serías más reflexiva, y buscarías menos las aventuras dudosas.

—Cada cual se entiende y baila sola, hijita. Tú no conoces a los hombres. ¡Corre cada bicho raro!

Fueron pasando más días, sin variación en la extraña conducta de Ricardo con Luisa, y, por fin, el modisto supo a qué atenerse respecto a su situación con su novia y con la hija del “nuevo rico”.

En efecto: el resultado de sus visitas a Elena era el tan halagüeño de prometerse a ella en matrimonio.

Y una buena mañana, la dueña del piso en que estaba realquilado Ricardo, sorprendió a éste cuidando minuciosamente de su vestir.

—¿Está usted invitado a una boda, señor Ricardo?—inquirió de él la mujer.

—¡Pásmese, señora Muller! Ayer me comprometí oficialmente con la hija del señor Walkoff. A propósito; fíjese: desde hoy me mandan el “auto” a la puerta de mi casa.

—Yo siempre dije que usted llegaría, señor Ricardo. Vaya, le felicito. Esas brevas no son corrientes.

—Cosas del destino. Nada, que uno tiene su poco de gracia y... cae en gracia.

—¿La boda, será pronto?

—Cuanto antes, mejor. Hoy hago la visita oficial de petición, y allá veremos.

—Es usted muy listo, pillín.

Un poco más tarde, en casa de su nueva novia, Ricardo, por miedo al padre de Luisa, más que a la hija, se decidió a hacer una pequeña confesión al padre de Elena.

—¿Puede usted escucharme un momento, señor Walkoff? Tengo algo urgente que decirle, y necesito su consejo.

—Andele, ya, Ricardo. ¿Qué misterio me va usted a revelar?

—No es nada, ¿sabe?... pero no quiero que lo sepa usted por otro lado... yo tengo relaciones con una pequeña empleada del almacén...

—No se preocupe, hombre. Casi había llegado a asustarme. Eso es cuestión de unos cuantos *billetejos*... Puede que esa chica llore los tres primeros días, pero al cuarto se echará otro novio.

—Es que esa joven...

—Será como todas, no lo dude. ¡Quién no olvida en este mundo! En cuanto al padre, si es tal como usted me lo ha pintado, no se alegrará poco de recibir dinero para darse buenos tragos.

Aquel mismo día, Ricardo esperó a Luisa a la salida de los almacenes, causándole ello a la joven la consiguiente alegría.

—Por Dios, Ricardo, ¿qué ha sido de ti estos días que no te he visto?

—Ya te contaré... ¿Quieres que cenemos juntos?

—Sí, Ricardo; mas a condición de no entretenernos mucho, para que no llegue ~~muy~~ tarde a mi casa.

—Tenemos que hablar. Vamos.

A poco llegaron a un apartado *restaurant*, y sentáronse a una mesa aislada.

—¿Qué debes decirme, Ricardo?

—Come, Luisita... Hay tiempo...

—Es que... me tienes intranquila...

—¡Bah! A lo menos te figuras algo terrible. ¡Qué exageradas sois las mujeres!

—Habla, Ricardo... Dime lo que sea... Explicame como quieras tu ausencia de estos días a nuestros habituales encuentros.

—Bueno... Voy a calmar tu curiosidad. Tengo que darte una noticia que te sorprenderá.

—¿Cuál?...

—Ante todo, toma; quiero que tengas un regalo mío.

—¿Qué es? ¡Ah! ¡Un anillo! ¿Nuestro anillo?

—Un bonito anillo, ¿no es cierto? Ahora, te diré la verdad... Acabo de comprometerme con la hija de los Walkoff.

—¡¡Qué!! ¡¡Qué dices!! Pero, Ricardo... eso... ¡eso no puede ser!

—Hazte cargo, Luisita... de que no puedo casarme contigo... porque ninguno de los dos tenemos dinero. La hija de los Walkoff es rica, y como su dinero será de su marido, mío, podré ayudarte.

—Pero ¿qué estás diciendo, Ricardo? ¡¡Es posible!!

—Comprende, vida mía, que no he dejado de quererte un solo momento... que yo seguiré siendo para ti el mismo de siempre.

—¡Oh! ¡Calla, calla!

—Cálmate, mujer...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Déjame! No, no temas... No daré ningún escándalo... ¡Madre mía!... ¡Qué vergüenza! ¡Qué pena, madre!

—Pero, ¿a dónde vas?

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Y, haciendo un sobrehumano esfuerzo, Luisa salió a la calle, impidiendo categóricamente a Ricardo que la siguiese.

Ya en el arroyo, Luisa sintió que todas sus fuerzas eran vencidas por el acerbo dolor del terrible desengaño, y subió al primer coche de punto que se le ofreció.

La pobre muchacha estaba desconocida... ebria de amargura. Hundióse en el simón y cubrióse el rostro para llorar con toda su alma.

Simultáneamente, la casualidad llevó a Gustavo Lehar a tomar el mismo coche en que iba Luisa, y que él creía desocupado.

El cochero no se dió cuenta del doble servicio que se le presentaba a un mismo tiempo, y soltó las riendas de su caballo hacia la dirección que le diera Luisa.

Al aperebirse de su error, el joven se disculpó cumplidamente, y se dispuso a apearse en el acto, pero reparando en el dolor de Luisa, se permitió dirigirle algunas palabras más:

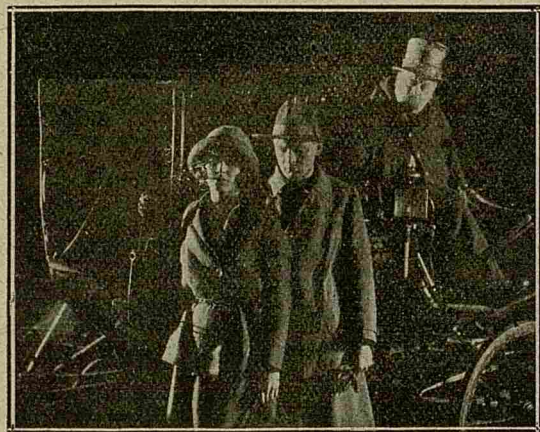
—Señorita... ¿Qué le ocurre a usted?... ¿Puedo serle útil?

Luisa miró al desconocido con sorpresa, y como quiera que adivinó en él al hombre generoso que era, no se asustó, y Gustavo pudo

seguir en el coche hasta que ella se apeó a algunos metros de su hogar.

—Veo que está usted mala. ¿Me permite que la acompañe hasta su casa?—le preguntó él entonces.

El acento de la voz del joven sonó a cariño



—¿Me permite que la acompañe hasta su casa?

en el alma de la afligida mujer, y cuando se separaron, el uno y el otro se sintieron satisfechos de su encuentro.

Y Gustavo, plantado en la calle en contemplación de Luisa que ya ponía la planta de su pie en el umbral de su casa, murmuró:

—¡Qué feliz sería si la volviera a ver!

El auriga que condujo en su coche a los dos jóvenes, no volvía de su asombro desde que vio descender de aquél a la pareja, y juraba y perjuraba que no había entrado más que Luisa en el simón.

Gustavo, metiéndose de nuevo en el coche, tranquilizó al cochero proporcionándole otra carrera.

La entrada de Luisa en el hogar, fué la de quien perdió la última esperanza de su vida.

Su madre, alarmada, se adelantó a recibirla en sus brazos.

—¿Qué pasa, Luisa?—interrogóla.

La desventurada, en quien convergían las miradas de sus hermanitas y su padre, sentados todos en torno a la mesa, se acercó a ésta y dejóse caer en una silla. Su madre no se apartaba de su lado.

—¿Qué pasa, hija?—volvió a preguntar.

—Habla ya, niña—intervino el padre, un algo más sereno que de ordinario.

Luisa desató, al fin, su pena:

—¡Ricardo se casa con otra... con una rica!

La madre imitó en el llanto a su hija, y sus hermanitas también creyéronse en el deber de llorar...

En tanto, el padre, reprochándose tal vez, por un momento nada más, el haber, con su conducta, hecho desgraciada a su familia, mascó algunas palabrotas contra el inconstante, y después trató de consolar a la cuitada:

—Muchacha, no llores. No creas que has per-

dido un gran partido. Siendo tú tan bonita, pronto encontrarás un hombre, más rico de lo que pueda ser ese sinvergüenza, y esa será tu venganza.

Luisa lloró más amargamente, y mirando a su padre, suspiró:

—¡Pero, le quería yo tanto, papá!

En los grandes almacenes Wesener y Compañía había mucha expectación en el salón de modelos.

Los vestidos que se exhibían eran para una artista muy conocida: la bailarina Graciela, bella protegida del conde Karol.

—Pagaré lo que sea—decía el Conde al director de la casa, refiriéndose a las *toilettes*—, pero como quiera que mi amiga hará buen reclamo para la casa, no dudo que...

—Sí, sí, entendido... Creo que nos entenderemos perfectamente.

Al propio tiempo, otro cliente curioseaba, en el interior de los almacenes, en busca de algo que no estaba en las vitrinas.

Ese comprador era Gustavo Lehar, y al fin encontró a quien buscaba, o sea, a Luisa,

Ella ruborizóse al verle, mas él, para vencer la indecisión de Luisa, hizo como si estuviera allí para adquirir un par de guantes.

Lotty, la compañera de sección de Luisa no dejó de ver la emoción que ésta y el joven experimentaban al reencontrarse, y se puso a es-



—¡Ricardo se casa con otra... con una rica!

piar sus menores gestos.

Gustavo apesó entre la suya la mano de Luisa, y el apretón que se dieron estableció entre ambos una corriente de simpatía irresistible.

Lotty murmuraba, pensando en el novio anterior de Luisa:

—Adiós, Ricardo. Ya te han desbancado. Menos mal que mi compañera sabe resignarse...

En lo mejor de la prueba del par de guantes, la encargada de otra sección reclamó el concurso de Luisa en su departamento.



...la bailarina Graciela, bella protegida del conde Karol.

—Señorita, venga ayudarnos. La señorita Lotty despachará al señor.

Luisa tuvo que acatar la orden, y se alejó de Gustavo de mal humor, disgustándose sobremedida el joven.

Lotty, ocultando su gana de reír, se puso a disposición del cliente.

—Como mi amiga se ha marchado, yo haré lo posible para complacer a usted, señor—díjole Lotty.

—¡Esto es para desesperarse!—no pudo menos de exclamar Gustavo.

—No se enfade. Veo que no está usted para



...y el apretón que se dieron estableció entre ambos una corriente de simpatía irresistible.

compras. Acaso me imagino el motivo... y tal vez pueda serle más agradable de lo que usted se figura.

—¿Qué es lo que usted supone?

—Soy amiga de pocas palabras. Usted no

ha venido aquí para comprarse unos guantes, ¿verdad? Entonces, como se encuentra en la sección de guantería, es indudable que para verme a mí, que no le he visto nunca, no se hubiera usted detenido ante este mostrador. Y teniendo en cuenta que conmigo no trabaja nadie más que la señorita Luisa... que acaba de abandonar, a pesar suyo, su puesto, pues... a usted le interesa mi compañera.

—¿Sabe usted que estoy asombrado de su intuición?

—Sí, ¿verdad? No soy tan tonta como parece.

—Es usted muy lista... y bonita.

—¿Usted cree?

—Y le debería a usted mucho si se prestase a hablarle de mí a su amiga. Usted y ella son las dos guanteras más hermosas que he visto en mi vida.

—¿Ha visto usted muchas?

—Con haber visto a ustedes, basta.

—Muy fino.

—¿Me ayudará?

—¿Por qué no? No es usted desagradable, y a una mujer *bonita* le gustan los acompañantes *distinguidos*.

—Las esperaré a la salida esta tarde. ¿Aceptarán ustedes una cena en mi compañía, donde más les plazca:

—No prometo nada. Usted se espera... y ya hablaremos.

—Cenaremos juntos, lo presiento.

—Sí es usted adivino, no se equivoca.

Así quedaron, y así fué, que las mujeres consiguen cuanto quieren, y Lotty se había empeñado en “arreglar” aquella aventura para Luisa o para sí misma.

De modo que, por la noche, Luisa y su amiga se sentaban a la misma mesa de Gustavo en un *restaurant* de buen gusto.

Durante la comida, el joven estudió a las dos jóvenes, convenciéndose de que el carácter y la sencillez de Luisa eran para él más atrayentes que la coquetería de Lotty.

Pasó un mes. Para Luisa volvía a alborar el sol de la felicidad, porque tenía toda la confianza puesta en Gustavo Lehar.

Pero entonces no era su pretendiente un empleado de comercio, sino el hijo de una familia de elevada posición social.

Un día, obediéndole a ciegas por amor, Luisa aceptó ir con Gustavo a su piso de soltero, para hablar de su futura felicidad.

—No sé si debo ir contigo a tu casa—dijo ella, sin resistirse mucho.

—No tengas ningún temor. Te quiero demasiado, y sabré respetarte—le contestó él, cogiéndola del brazo y llevándola hacia su *garçonnière*.

Ya en el pisito, Gustavo, que había preparado de antemano una principesca merienda, invitó a Luisa a que se quitase el gabancillo, para no resfriarse al salir a la calle, y luego hablaron de su mutua ilusión.

—Te quiero como a nadie he querido. En tu

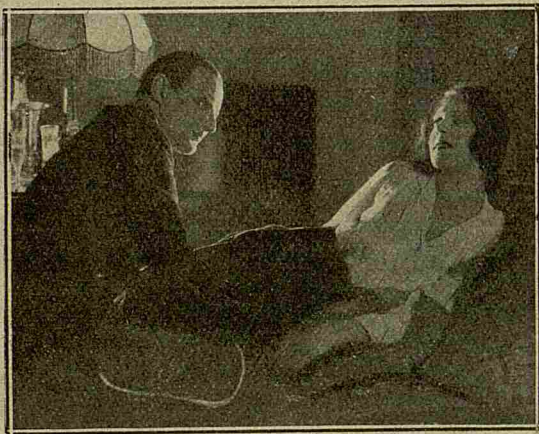
sencillez e inocencia he visto la única mujer que me puede hacer feliz.

—¿No me engañas, Gustavo?

—¿No lo lees en mis ojos, Luisa?

—¡Es que he sido siempre tan desgraciada!

—Conmigo conocerás la alegría de vivir.



—¿No me engañas, Gustavo?

Y en el champaña, fiel aliado del amor, encontró la nueva pasión su apoyo...

Desde aquel día, todos los pensamientos de Gustavo se concentraron en la mujer querida. Y por piedad, y por cariño, echó sobre sí, no sólo la educación de la mujer que pensaba llevar al altar, sino también la árdua tarea de proteger a la familia de Luisa.

Un buen día, los Berger recibieron esta carta de su hija:

Queridos padres:

Soy muy feliz con el hombre que me ha recogido para educarme y hacerme su esposa. Mi piso es muy mono. Haré cuanto esté a mi alcance para premiarle sus bondades para conmigo. Esta tarde iremos a veros. Gustavo desea conoceros. ¡Qué generoso es! Vuestra hija que os abraza,

Luisa.

Mientras, en casa de Gustavo, su madre, enterada de la ausencia de su hijo durante todo el día, hizo partícipe de sus temores a su esposo:

—Este hijo ha cambiado mucho... Sospecho que ha encontrado alguna distracción, y tu deber...

—Ya me ocuparé de ello, no te apures... Sin embargo, no debes echar en olvido que Gustavo es joven... — respondió el marido, menos alarmado que su mujer.

—Es que hay tanto peligro al acecho de la juventud...

—No exageres, tontina... Gustavo sabe lo que es la vida.

Al poco rato, Gustavo llegaba a la oficina de su padre, en cuyo despacho particular trabajaba, y se disponía a reintegrarse a la tramitación de los asuntos de su incumbencia personal.

El señor Lehar se preparaba un discursito

para llamar al orden a su hijo, cuando le interrumpió una llamada al teléfono.

—¿Quién? ¡Ah! En seguida... Gustavo, es para ti...

El joven se hizo del auricular, y escuchó la voz conocida y amada de Luisa.

—No he podido resistir a la tentación de telefonarte, Gustavo, para darte las gracias por tus nuevos regalos. Acabo de recibir el vestido, que es precioso, y el sombrero, que no puede ser más fino... ¡Míralos!

—Mejor, mejor. Ya los veré luego.

—¿Oye? ¿Has hablado a tus padres?

—Todavía no. Espero una ocasión.

—¿Estás solo?

—No. Con él, ¿sabes?

—¿Le vas a hablar?

—Ya veré...

—¿No tardarás en venir?

—No.

—Adiós. Ya veo que hay moros en la costa.

—Adiós.

Gustavo colgó el receptor, y sin decir una palabra a su padre volvió a sentarse a su mesa de trabajo.

Pero el señor Lehar, que ya se imaginaba la "diversión" que había encontrado su hijo, le habló en el mejor tono del mundo, como a un amigo:

—Ya sabes, hijo mío, que no quiero prohibirte que te diviertas, pero no gastes demasiado y sobre todo mira lo que haces, que hoy la vida es peligrosa para la juventud.

—No pases ningún cuidado, papá. Te consta que soy un muchacho serio.

—No está nunca de más un consejo. Y ahora, volvamos a lo nuestro. ¿Ves este documento que encierro en la caja? Es el contrato con la "Jausen y Compañía", que me permitirá realizar un negocio de mucho dinero y que despertará grandes envidias.

—Lo celebro, papá. Es un nuevo éxito comercial de tu talento.

Llegó la tarde. Los padres de Luisa se preparaban para recibir a Gustavo dignamente. El señor Berger, vigilado por su mujer, se reprimió, aquel día, en la bebida, y no parecía tan salvaje.

La impresión que le hizo la familia de Luisa a Gustavo, fué bastante desagradable, porque durante la comida con que los Berger celebraron la presentación del novio de la hija, el padre empinó el codo de lo lindo y apareció en él el alcohólico repugnante y brutal de costumbre.

Luisa, asustada, rogó a su madre, por respeto a Gustavo, que impidiera a su padre que se excediese en gestos y palabras; mas todo fué inútil: el beodo seguía bebiendo y blasfemando y tratando como a un chiquillo al novio de su hija.

La desgraciada esposa del borracho perdido tomó aparte a Gustavo, y suplicante le pidió que hiciera feliz a su hija.

Y antes de lo que ellos mismos esperaran, Luisa y Gustavo salieron de aquella pobre ca-

sa donde la más dolorosa miseria tenía acogidos a los que en ella vivían.

—Olvida todo lo que has visto, Gustavo, y piensa sólo en lo mucho que te quiero, y en la felicidad que nos espera—dijo Luisa a su novio, al salir de su hogar, advirtiéndolo su tristeza.

Y Gustavo, echando un velo a la repulsiva visión del grosero padre de Luisa, se abrazó a su novia y regresaron, contentos y felices, a su nido.

En tanto, en casa de Gustavo, la prometida que le estaba destinada por sus padres, le esperó impaciente, en vano, durante largo tiempo.

Fueron pasando los días. La conducta de Gustavo seguía siendo la misma, por lo que su padre, decidido a que su hijo volviese a ser el mismo de antes, y complaciera a su madre no faltando al hogar como lo hacía de un tiempo a aquella parte, le objetó:

—Esto va demasiado lejos. No estás nunca en casa. Sin duda, esa amiga que tienes te ha sorbido el seso, y es preciso que esto termine para siempre, ¿lo oyes?

—No es amiga la que me aleja un tanto de vosotros. Es mi novia formal, a la que quiero.

—¿Tu novia... formal? En nuestra sociedad no se casa nadie con una mujer como la que tú frecuentas.

—Yo sí, padre, porque nadie más que yo tiene la responsabilidad de la ventura o desventura de ella. La amo, y la haré mi esposa.

—Tú estás loco. ¿No te das cuenta de que todo lo pierdes si te unes a esa mujer?

—Ella me quiere con toda su alma, y yo a ella; así es que no me importa lo que piense el mundo.

—Nunca te creí tan majadero. Y jamás daré mi consentimiento a tu aberración. Ahora, haz lo que quieras, pero elige entre ella y nosotros.

—Está bien, papá. Mi deber es seguir la voz de mi conciencia. Y ésta me dice que no debo desamparar a Luisa.

—Reflexiona, Gustavo...

—Mi decisión ya está tomada.

La señora Lehar intervino, fiando en su amor materno para hacer desistir a su hijo de lo que se consideraba un error, y abrazada a él le dijo:

—Gustavo, no hagas tal locura. Mira que la felicidad no es completa si no es a gusto de todos.

A pesar de los pesares, Gustavo no estaba dispuesto a cometer una infamia, y volvió al lado de Luisa, llegando a su nido en el mismo instante en que el señor Lehar daba orden a su cajero de cerrar, desde aquel momento, la cuenta de su hijo.

Gustavo presentóse abatidísimo a su amada, y cayó a sus pies como para pedirle perdón por las privaciones de lujo que en adelante debería sufrir.

—Hoy he sacrificado cuanto tenía por ti.

¡Dime ahora si no te quiero!

Luisa, emocionada, estrechó con frenesí contra su pecho a su amado, y besándole le murmuró:

—Gustavo, ¿qué mejor recompensa que dar a tu amor el mío eterno?

Desde aquel día comenzó el martirio de dos seres. Para Luisa, que ya conocía la pobreza, la cosa era un incidente sin importancia; mas para Gustavo era un sacrificio grande el carecer de todo.

—¡Cuánto te quiero, y qué feliz soy!—le repetía ella sin cesar.

—Yo no puedo ya quererte más de lo que te quiero, y porque no se me ofrece trabajo en ninguna parte estoy desesperado. Los re-

cursos están casi agotados, y si esta tarde no me admiten para cualquier cosa en la casa de usura Erb y Compañía, no sé a dónde ir, pues en todas partes me rehusan. Sin duda, mi padre trata de acorralarme, para que vuelva



Para Laura, que ya conocía la pobreza, la cosa era un incidente sin importancia...

con ellos.

A poco Gustavo celebraba la entrevista proyectada con el usurero Erb.

—A causa de un disgusto con mi padre me

marché de mi casa. Necesito colocarme para poder vivir.

—¡Caramba! ¡Eso es interesante! Tenemos que hablar.

—¿Puede usted darme un empleo en su casa?

—Tengo todas las plazas cubiertas. Mas no se aflija. Si usted quiere, no le faltarán fondos... con cierta abundancia.

—¿De qué se trata?

—Del contrato que su padre tiene firmado con la casa Jausen y Compañía.

—Haga el favor de concretar el asunto.

—A mí me interesaría ese documento.

—¿Y usted quisiera...?

—Si usted, por cualquier medio, pudiera proporcionármelo, le aseguro que no tendría queja de mí.

—Pero ¿por quién me ha tomado usted, señor Erb?

—Si no le conviene, no hablemos más de "negocios".

—Antes de marcharme debe usted saber, viejo usurero, que le tenía en el más pobre concepto que se pueda tener de un humano, mas no me atreví a sospechar que tuviera usted un alma tan bastarda.

—Su desesperación justifica sus palabras, Gustavo. Vaya usted con Dios.

—¡Quédese con el diablo!

De la casa del usurero dirigióse Gustavo a la de un prestamista, y en sus manos dejóle la

joya que más estimaba a cambio de unas pesetas.

Camino de regreso a su nido, Gustavo encontróse con sus antiguos conocidos, el conde Karol y su protegida, la bailarina Graciela, quienes le llamaron desde un cochecito.

—¿Qué poco se le ve por los sitios de costumbre! ¡Claro! Un gran amor lo disculpa todo. Nos alegraríamos mucho de conocer a su "señora". No deje de venir con ella esta tarde a tomar el te con nosotros—le dijeron.

No se atrevió Gustavo a rechazar aquella invitación, y de regreso a su casa, refirió a Luisa lo que le había sucedido fuera de ella:

—Está visto que tengo mala suerte. Ese usurero Erb me propuso que le proporcionase el contrato que ha hecho mi padre con la casa Jausen, y yo... he pensado que era mejor empeñar el anillo de mi abuelo, y eso he hecho. Toma el dinero. Es una miseria. No quisieron darme más. Ya no sé qué hacer.

—Créeme, Gustavo; vete con tus padres hasta que los tiempos sean mejores. Me aflige mucho hablarte así, pero esta es la consecuencia de mis largas horas de reflexión, cuando tú te marchas triste y aburrido, y regresas de la misma manera. No podrás dudar nunca de mi amor, y viviré, esperándote, pensando siempre en ti. Al lado de tus padres, quién sabe si conseguirás convencerles.

—¡Mi buena Luisa! Tal vez tengas razón... pero... espera. Esta tarde estamos invitados a tomar el te en casa del conde Karol, y acaso

él podrá proporcionarme un medio de vida. ¡Es tan influyente en ciertos círculos!

Llegó la hora del te.

Poco antes de presentarse los invitados, el Conde y su protegida tuvieron una pequeña discusión basada en el hastío que se apoderaba del primero respecto a la segunda, de un tiempo a aquella parte.

Gustavo y Luisa aparecieron ante los elegantes amigos vestidos muy modestamente, contrastando la simplicidad de aquélla con el refinamiento de coquetería femenina de la bailarina.

El Conde se fijó en los naturales encantos de Luisa, y le dedicó especial atención; haciendo lo propio Graciela con Gustavo, ocultando la envidia que le producía la galantería de su amigo con Luisa.

—No comprendo como en media hora que aquí lleva, no se ha pintado ni una vez los labios. Verdad es, que no hay necesidad. Dedicada usted al arte no habría dinero con que pagarla. Sería usted la envidia de las mujeres y la admiración de los hombres—le susurraba a Luisa el Conde.

Y Graciela, en tanto, a Gustavo:

—No comprendo como una mujer tan sencilla puede absorber los sentidos de un hombre de su educación.

Y cuando Luisa y Gustavo salieron de aquella regia casa, ambos llevaban en su corazón el veneno de una remediable pobreza.

Como su padre le había citado a las siete

de aquella tarde, para proponerle el retorno a su lado a condición de desinteresarse de Luisa, Gustavo se separó de ésta en la calle, prometiéndole no llegar con retraso a la cena, y se encaminó al despacho del primero, llegando a destino con una hora de antelación.

Y al advertir la soledad de la oficina, por su mente cruzó una vergonzosa idea, fomentada por el recuerdo del lugar de ostentación que acababa de visitar, y lo dicho por el señor Erb: “No le faltarán fondos, con cierta abundancia”.

Cegado por la visión del oro, Gustavo abrió la caja, y se apoderó del documento que viera encerrar en ella.

Al día siguiente, cepillándole el traje a Gustavo, mientras éste se levantaba de la cama, Luisa encontró en un bolsillo interior el contrato de la casa Jausen de que le hablara aquél, y al comprender que había sido robado, no quiso tolerar la perdición de su amado por causa de ella, y sin que él lo sospechase fué a restituir ese documento a su padre.

Pero su gesto, digno de los mayores elogios, no consiguió lo que merecía, o sea, el consentimiento del industrial a la boda de su hijo con ella.

—Es usted una buena muchacha, lo reconozco—le dijo el señor Lehar—, y lamento que no pueda usted casarse con mi hijo, que tanto la ama. La sociedad, hija mía, nos impone leyes, y no podemos apartarnos de ellas.

—Todo se allana cuando hay un verdadero cariño.

—Hay cariños imposibles. Y sólo hay un medio para que Gustavo se redima... que usted le deje... Nosotros sabremos recompensarla.

—Recompensarme, después de quitarme la vida... Ustedes no comprenden... no pueden comprender... La culpable de todo soy yo... Gustavo no es para mí... No tengo derecho a él... Las mujeres como yo, que creen en el amor, no merecemos nada... ¡Oh, qué crueldad!

Y Luisa alejóse del despacho del señor Lehar, avergonzada y dolorida.

El conde Karol había recibido la noche anterior esta nota del empresario que contrata a Graciela: "*Ya terminado el contrato de su protegida, siento no poderlo prorrogar, por cuanto es una artista que ya no despierta interés. Suyo, Albert*", y convencido de que Luisa le daría más beneficios que Graciela, se preparó a tender de nuevo sus redes.

De vuelta Luisa a su nido, encontró a Gustavo buscando desesperadamente el contrato que robara de la caja de su padre, y al enterarle ella de lo que acababa de hacer con el documento, él quedó vencido por la humillación.

—Yo trabajaré para los dos, mientras tú te colocas—dijo, además, Luisa, dispuesta a hacerlo.

—¡Yo no puedo más! Todo por ti; y si sigue esta situación, acabaré por volverme loco.

—No desesperes, Gustavo. El cariño todo lo puede.

—No es posible, Luisa, seguir sufriendo. Mi voluntad era casarme contigo, pero como todo me falla, y no soy lo bastante fuerte para esperar en la lucha, creo lo mejor separarnos.

—¿Ese es tu amor? ¡Pues, vete!

En tan preciso momento, llegaba un delicado presente del conde Karol: una preciosa canastilla de flores.

Gustavo vió el obsequio, y tal que si su ruptura con Luisa fuese motivada por algo grave que imposibilitara un arreglo, encogióse de hombros y salió de aquel nido, para siempre, importándole un mito lo que hiciera, después de su abandono, la mujer a la que tanto amó egoístamente.

En una tarjeta, el Conde decía a Luisa: "*Un hombre que admira su hermosura. Recuerde mis consejos*".

—¡Madre mía!—sollozó Luisa.

Llegó lo que tenía que llegar: Luisa, como náufrago que se agarra a la primera pavesa que le ofrece salvación, siguió los consejos del conde Karol, creyéndole todo un caballero, y era una futura artista. Tuvo un cuarto regio, perritos falderos, joyas valiosas, y ya no se llamó Luisa, sino Lulú.

Por la noche frecuentaba el “Palacio del Arte”, y el mundo trasnochador empezó a interesarse por ella, y era opinión general que la nueva protegida del Conde llegaría a ser una “estrella”.

Y cuando el Conde hubo “pulido” la joya que había descubierto en Luisa, dijo al director artístico del *restaurant chic* que se titula-

ba “Palacio del Arte”, que se quejaba de la falta de una buena atracción:

—Venga mañana a mi casa, y le presentaré a la que puede constituir la indudable atracción del “Palacio”.



—¡Madre mía!—sollozó Luisa.

Al día siguiente, el director artístico no faltó a la cita.

—La atracción que usted necesita, señor Nathan, va usted a verla en el acto. Siéntese aquí. Ya sabe usted que de sueldo para nada

tiene que tratar con ella. Yo soy el encargado de todo.

—Conforme.

—¿Ha traído usted el obsequio, ese anillo de brillantes de que usted me habló ayer? Estas finezas son muy favorables en el ánimo de una artista.

Tras esto, el Conde hizo una señal y se abrieron unas cortinas, apareciendo Lulú envuelta en un deslumbrante vestido de sugestivas transparencias. Un velo cubría su rostro

Ufano el Conde presentó la atracción:

—He aquí un número sugestivo: La dama incógnita. Danzas exóticas. Arte y cuerpo venusino. No se puede pedir mayor distinción.

Encantado, el director artístico pasó por las exigencias del Conde, y el debut de Luisa se efectuaría a la noche siguiente.

—Todo está arreglado—le dijo el Conde a ella cuando aquél se hubo marchado de la casa—. Con las lecciones recibidas sabes lo suficiente para presentarte mañana en el “Palacio”. Sueldo no tendrás por el momento, pero para que no estés triste, toma esta joya.

.

El debut de Lulú constituyó un resonante éxito.

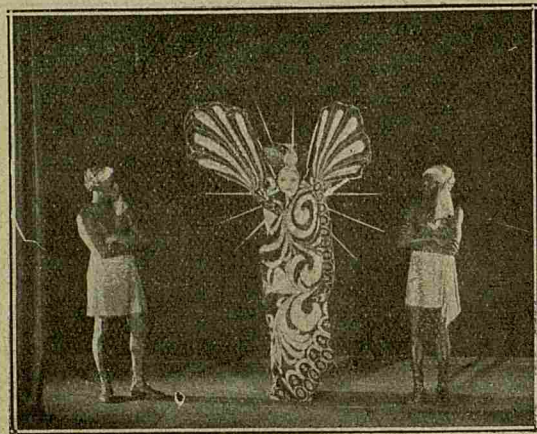
La misteriosa presentación intrigó a propios y extraños.

El Conde, que seguía con curiosidad los menores gestos de los críticos y peritos en la materia, vió a un distinguido señor ya entrado

en años embabiecado en la contemplación de la nueva atracción.

Preguntó por ese caballero, y supo que era un rico empresario americano, un tal Smith. Este hombre le convenía.

Después del espectáculo, era Luisa otra



El debut de Lulú constituyó un resonante éxito.

atracción del *cabaret*, y el Conde se prometía buenas ganancias gracias a ella.

Gustó tanto Luisa, que al día siguiente, el señor Albert, empresario del “Palacio del Arte”, se presentó en su casa, en ausencia del Conde, y acostumbrado a tratar con las artis-

tas que pasaban por su escenario, se declaró sin ambages a ella, a quien admiraba más que a ninguna otra mujer.

Esa declaración demasiado atrevida sublevó a Luisa, que le abofeteó, y lejos de disgustarse, el empresario le habló así:



Después del espectáculo, era Luisa otra atracción del cabaret...

—Veo que es usted una persona digna. ¿Cómo es posible que pueda vivir en el ambiente del conde Karol? Usted no tiene necesidad de ese hombre para vivir feliz.

—¿Por qué me dice usted eso?

La aparición del Conde suspendió la ante-

rior conversación, y el empresario, dirigiéndose a él, le remitió un cheque, diciéndole:

—Queda liquidado el primer contrato. Seguramente lo prorrogaré.

Después, a solas el Conde y Luisa, ésta le manifestó:

—El señor Albert me ha hablado sobre usted de una manera tan rara... ¿Qué pretende usted hacer conmigo?

—Lograr tu felicidad. Te hace falta mucho dinero para vivir sin depender de nadie, y yo te ayudaré a conseguirlo por interés propio.

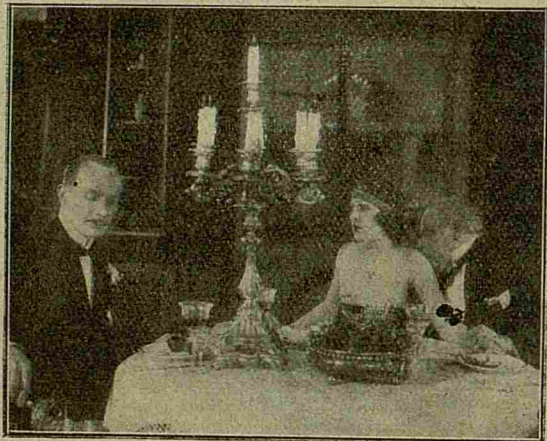
—Yo puedo vivir modestamente... No estoy acostumbrada a lujos...

—Eres una inocente. La ostentación es la llave de todo. Si esta noche me ayudas en un negocio que tengo con el empresario señor Smith, a quien he visto esta tarde y le he hecho los mayores elogios de ti, dentro de dos meses, cumplido un buen contrato, yo estoy dispuesto a casarme contigo y viviremos tranquilos donde tú quieras.

Llegó la noche. Se preparó una buena cena para hacer honor al interesante huésped americano, y el Conde llenó muchas veces la copa de vino o champaña del empresario, que cometía la candidez de enamorarse de las artistas, y perdidamente de Luisa.

A medida que avanzaba la cena, aumentaban las libertades del rico Smith con Luisa, que no protestaba como quisiera de ello porque el Conde le aconsejaba con la mirada que tuviera paciencia hasta el final.

Sin embargo, Luisa, ante la indiferencia del Conde frente a las groserías del empresario, no pudo seguir interpretando aquella indecorosa farsa, y abandonó la mesa, para llorar en su habitación, donde recordó con dolor las palabras del señor Albert: “¿Cómo es posible



...Luisa, ante la indiferencia del Conde frente a las groserías del empresario...

que pueda vivir en el ambiente del conde Karol?”

En tanto, el aventurero prometía al empresario americano que prepararía a Luisa en su favor, y conseguía un ventajoso contrato, logrando un anticipo de seis mil dólares.

Realizado el brillante negocio, el Conde, que era lo bastante inteligente para comprender que Luisa se negaría a tener el menor trato con él, pues ella no era como las otras, se decidió a quedarse con el dinero y dejarla en libertad, a cuyo efecto le dejó encima de una mesita la siguiente nota:

Apreciable Lulú:

Tú comprenderás que no habiendo realizado el negocio con el señor Smith, me tengo que separar de ti. Cuando este señor te escriba diciendo que debes embarcar, no lo hagas si antes no te entrega una importante cantidad. Es el último y leal consejo de

Karol.

Y, al fin, la indiferencia se apoderó de Luisa. Los hombres todos eran iguales, no tenían alma.

Su madre, que la visitaba de vez en cuando, dolorida de que su hija fuera lo que era, la sorprendió en la amargura del desengaño, y la infortunada, en una crisis nerviosa, le objetó:

—¡Madre! ¿Por qué no me indicaste los peligros de la vida? Tú no supiste ser madre. Las que trabajamos fuera de la familia, ¿cómo hemos de saber los peligros si no nos los advierten las únicas que pueden hacerlo, nuestras madres?

—¡Oh, Luisa! Si yo hubiese sabido...

—¡Perdóname, madre, si te hablé antes así! La culpa fué mía, porque una vez he querido honradamente, y me hicieron creer en el amor.

Pero desde hoy me he de reír de todo, porque con lágrimas en los ojos no se puede ir por la vida.

* * *

Y Luisa cumplió su promesa. Ya había aprendido la sonrisa del desengaño, y su vida era un torbellino de lujo y de placeres, para vengarse de los hombres.

Hasta que un día, un grupo de médicos que habían asistido al banquete de un colega, entraron en el "Palacio del Arte" donde actuaba aún la "moderna garçonne", venciendo la

oposición de uno de los galenos, el sabio Freymann, quien no se divertía más que ayudando a la ciencia con nuevas fórmulas y curando a los enfermos de su clínica.

Luisa era el *clou* de las atracciones. Ya tenía su público en el *restaurant* de moda. Muerta su madre, sólo se había preocupado de internar a sus hermanas en un colegio, y únicamente sufría la esclavitud de un hombre, su padre, la personificación del vicio.

Aquella noche, después de arrancarle dinero a la fuerza a su hija, en su "camerino", el beodo salió agitado a la calle y le alcanzó, irremediabilmente, un "auto".

La noticia cundió en el *restaurant*, pues el accidente ocurrió frente al mismo, y el conserje buscaba un médico, y al mismo tiempo que Luisa corría a comprobar que el herido—un beodo, como dijeron—era su padre, el sabio Freymann se ofrecía a reconocer al atropellado.

—¡Es mi padre!—gimió la infeliz.

Y el médico, diagnosticó:

—Es una fractura grave en la cabeza. Hay que llevarlo en seguida a mi clínica.

Luisa dejó hacer, y también fué a la clínica, para no separarse de su pobre padre.

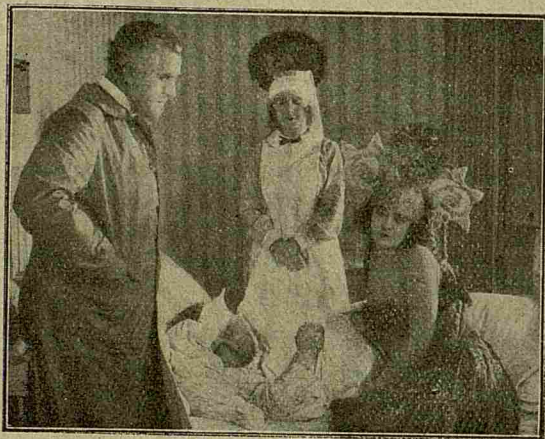
Como Luisa no tuvo tiempo siquiera de quitarse el orofel que cubría su cuerpo, sintió, ante la mirada fría y severa del doctor, que un recuerdo de pudor subía a su rostro.

—Les ruego que me dejen pasar aquí la noche. ¿Tienen alguna ropa que poderme ce-

der?—dijo la desventurada al doctor y a la enfermera.

—María, satisfaga el deseo de la señorita—ordenó el doctor a su empleada.

Y Luisa vistió el uniforme de las compañeras del dolor.



—Les ruego que me dejen pasar la noche aquí. ¿Tienen alguna ropa que poderme ceder?

Y si como artista y mujer había sido Luisa celebrada por el doctor, como enfermera sencilla su admiración culminó en el más grande asombro.

Ella no era como las otras. ¿Quién pudo decirlo mejor que el conde Karol?

Antes de retirarse a descansar, el doctor volvió a mirar al enfermo, y tranquilizó a Luisa, que quedó junto a su padre:

—Creo que no pasará nada esta noche. La enfermera estará en la habitación de al lado. Yo volveré mañana a primera hora.

El mejor confidente del doctor era su hermana, y ésta, al percibir, al atrazarle, el olor de los medicamentos de que se impregnaron sus ropas de etiqueta, le demostró su extrañeza:

—Creí que hoy te divertirías con tus amigos, y veo que vienes de la clínica.

Freymann le contó lo sucedido, terminando con esta exclamación:

—El contraste es terrible: ella bailarina, joven y bellísima, y él un borracho impenitente. ¡La vida escribe páginas que nadie comprende! ¡Pobre muchacha!

—¡A ver si tu lástima te lleva a enamorarte de ella!

—De lo uno a lo otro...

Al llegar la mañana siguiente ocurrió lo fatalmente esperado: el beodo dejó de existir.

El doctor consoló como pudo el dolor de Luisa, tan buena y tan humana, y desde aquel día hubo dos seres que se amaron, pero ninguno se atrevió a dar el paso que podía llevarlos a lá felicidad.

Sin embargo, un día, el doctor se presentó en casa de Luisa, y le confesó su amor.

—La quiero, Luisa. No he podido olvidarla.
¿Quiere ser mi mujer?

—¡Por favor, señor Freymann! Yo no soy
mujer con la cual puede uno casarse. No he
sido mala, pero... ¿sabe usted de dónde vengo,



—Creo que no pasará nada esta noche. Yo
volveré mañana a primera hora.

quién soy? Mi pasado se interpondría siempre
entre nosotros—respondió ella, temblando de
dicha en los brazos del doctor.

—Te quiero como eres. Tu pasado fué obra
de otros; tu porvenir será sólo obra mía.

Luisa no pudo sustraerse al placer de saber-
se amada, y por vez primera, el doctor besó
unos labios con verdadero amor.

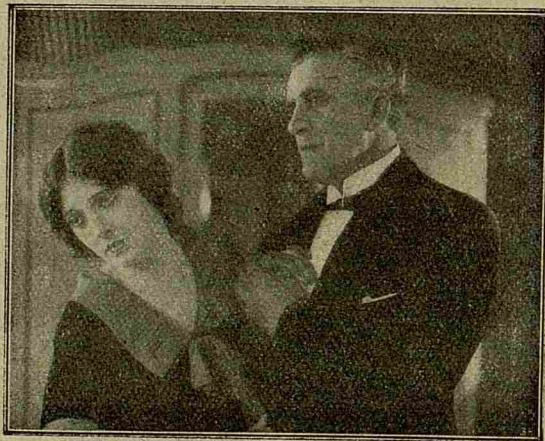


Llegó la primavera, la encantadora prima-
vera, que llenaba la campiña de flores, y las
almas de felicidad.

El doctor y Luisa, enamoradísimos el uno

del otro, gozaban cortejando entre las aromas de la pura naturaleza.

Proyectada la boda para breve plazo, el doctor presentó su novia a su hermana, para que ésta la presentara a su sociedad con motivo de una fiesta, pero las sombras del pasa-



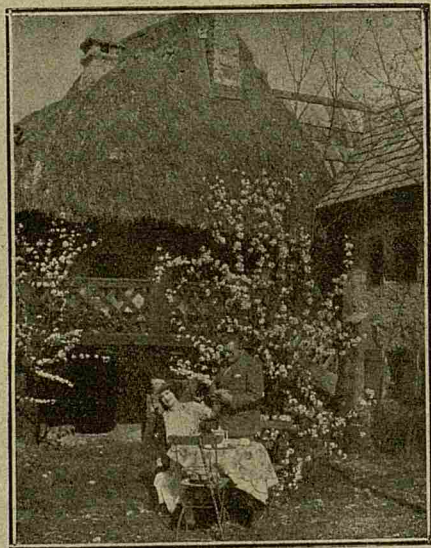
—*La quiero, Luisa... No he podido olvidar-la. ¿Quiere ser mi mujer?*

do amenazaban la naciente felicidad...

En efecto, en la reunión de la hermana del doctor encontró Luisa al empresario Albert, a quien rogó tuviera la mayor discreción, y unos días después, en un *restaurant* moderno, sucedió lo que más temía Luisa: el reencuentro

con el conde Karol, que estaba en compañía de Lotty, la ex guanterera amiga de aquélla.

Lotty llamó, con permiso del Conde, que a pesar de todo celebraba la sorpresa, a Luisa, y ésta no pudo menos de saludar a los dos.



El doctor y Luisa, enamoradísimos el uno del otro, gozaban...

Hábilmente, como siempre, el Conde consiguió que el doctor y su acompañante se sentaran a su misma mesa, y empezó el martirio para Luisa.

El Conde bailó con Luisa, que no pudo negarse a su invitación, y como remate de lo que había oído de labios de la veleta Lotty a propósito del sueño dorado de Luisa, o sea, el casamiento, y mil necedades impropias de una mujer que se respete a sí misma delante de un desconocido, por bonachón que éste le parezca, el doctor sorprendió al Conde, durante el baile, en un momento en que pretendió besar a Luisa, y su indignación fué tanta, que al regresár la pareja, cogió por las solapas del frac al aventurero—que proponía a Luisa volver con él a su antigua vida—, y lo zarandó como un muñeco, reprochándole su osadía.

—Pero ¿qué le extraña a usted? Esta mujer debe todo lo que es a mí—contestó el miserable.

—¡Es usted un canalla!—prosiguió el doctor. Y su puño se descargó en el pecho de Karol.

Avergonzada y considerando irremisiblemente perdidos la confianza y el amor de Freymann, Luisa huyó del escándalo.

Al darse cuenta de la fuga de Luisa, el doctor se alejó también del *restaurant*, y en un “auto” se trasladó a la casa de aquélla, temiendo una desgracia.

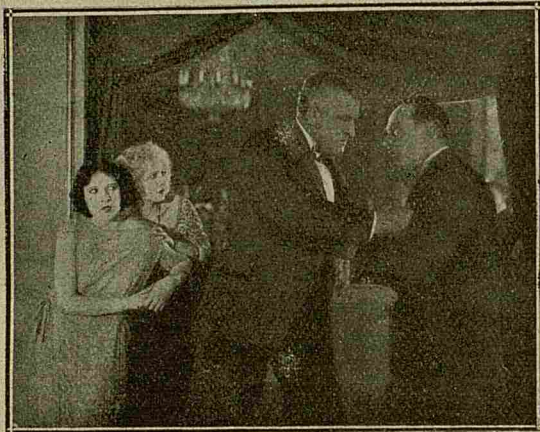
Y no andaba desacertado el doctor, porque Luisa había tomado una última y decisiva determinación.

Apenas llegada a su casa, su doncella le entregó una caja que contenía el traje de novia

que debía vestir pronto, y la pobre Luisa lloró estrechando las finas sedas contra su pecho.

Luego, encerrada en una habitación, no se oía el menor ruido en la casa.

Y cuando llegó el doctor y gritó su nombre a través de la puerta del silencioso aposento,



—¡Es usted un canalla!

participando de su desespero la doncella, sonó un estampido seco, mortal...

Y cuando el sabio consiguió franquear la habitación, un cuadro de dolorosa tragedia se ofreció a su vista. ¡Luisa se había matado!

—¡Luisa! ¡Mírame! ¡Soy yo! ¡Por qué has hecho esto?—sollozaba el doctor.

La respuesta se hallaba escrita, de puño y letra de la infeliz, en un papel de adiós.

Decía:

Amor mío:

Te he dicho toda la verdad de mi pasado. He sido una de tantas desgraciadas que sin el amparo y el buen consejo de los suyos, se ha visto envuelta en ese torbellino en que las mujeres parecen más alegres y más malas de lo que son. Nunca podríamos ser felices porque mi mismo pasado es el que a todas horas nos separaría y nos llevaría a la desdicha. Adiós para siempre.

Luisa.

Y así terminó Luisa Berger, porque no era otra cosa que una pobre muchacha que buscó la felicidad y no la encontró nunca, por ir por el camino que recorren tantas infelices que por su azaroso pasado no pueden conseguir la paz de un hogar.

FIN

Revisado por la censura gubernativa

LECTOR:

¿Quiere usted conocer datos de la vida íntima de sus artistas predilectos?

Pues no vacile en coleccionar la sin par publicación **LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA**, que aparecerá todos los jueves, inaugurando la salida pasado mañana, día 16 de julio corriente.

Es lo mejor en su género

**Portada a cuatro colores, distinta
las cuatro semanas del mes**

GRAN NOVEDAD

Lujosa postal:

Precio incomparable: **35 CTS.**

Elegancia, buen gusto, distinción

PUBLICACION SIN RIVAL

PRÓXIMO NÚMERO

La sugestiva narración,
inspirada en una obra
extranjera

*Obsesión de
un sabio*

Creación Cinematográfica
de

LON CHANEY

en los dos principales
papeles de la película

10 Fotografías • 32 Páginas

POSTAL-REGALO:

N I T A N A L D I

Precio: 30 CTS.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

NÚMEROS PUBLICADOS

Núm. 1, Los Guapos o Gente brava.—2, Las dos riquezas.—
3, Vanidad Femenina.—4, Los cuatro jinetes del apocalipsis.—
5, Las esposas de los hombres ricos.—6, Dering, El Negro.—7,
En poder del enemigo.—8, Heliotropo.—9, Corazón triunfante.—
10, Por la puerta de servicio.—11, Murmuración.—12, El In-
domado.—13, Cómo aman las mujeres.—14, La fuga de la novia.—
15, Por salvar a su madre.—16, Juguetes del destino.—17, El
saldo pendiente.—18, Los Miserables (Especial).—19, De florista a
millonaria.—20, El Crimen del Millefleurs Palais.—21, La coqueta
irresistible.—22, El secreto profesional.—23, De cara a la muer-
te.—24, ¡Valiente luna de miel.—25, El canto del amor triunfan-
te.—26, El Detective.—27, El martirio del vivir.—28, Odette (Es-
pecial).—29, Al borde del abismo.—30, El milagro de Lourdes.—
31, El caballo de carreras.—32, Su Señor y dueño.—33, La
Madrecita.—34, La Pimpinela Escarlata.—35, Gorrión de ciu-
dad.—36, La Novela de una estrella de cine.—37, La Iliada, de
Homero (Especial).—38, ¡Soy inocente!.—39, La Alegría del Ba-
tallón.—40, La papeleta de empeño.—41, El eterno Don Juan.—
42, Los mártires del arroyo.—43, Fanny, la viuda romántica.—
44, El Tío Paciencia.—45, Locura, Imprudencia y Abandono.—
46, La edad de la ambición.—47, La aventura del velo.—48, Al-
mas Divorciadas.—49, Tacaña de amor.—50, Por orden de la
Pompadour.—51, La destrucción de París (Especial).—52, ¡No
más Mujeres!.—53, Un hombre de ideas.—54, La última carrera.—
55, Un robo original.—56, El anillo de Königsmark.—57, Una
reporter modelo.—58, Un marido de ocasión.—59, Los excava-
dores del infierno.—60, Lecciones de la vida.—61, Los Paraísos
Artificiales.—62, La Cruz de la Humanidad.—63, La Moderna
Garçonne.

POSTALES REGALO

Núm. 1, El joven Medardus.—2, El Prisionero de Zenda.—
3, La Batalla.—4, Los enemigos de la mujer.—5, Violetas imper-
iales.—6, Mary Pickford.—7, Thomas Meighan.—8, Bebé Dani-
iels.—9, Douglas Mac Lean.—10, Ethel Clayton.—11, Charles
Ray.—12, Vivian Martin.—13, Roscoe Arbuckle (Fatty).—14
Enid Bennett.—15, Wallace Reid.—16, Lucienne Legrand.—17,
William S. Hart.—18, Mary Miles Minter.—19, Dustin Farnum.—
20, Bessie Love.—21, Ramón Navarro.—22, Mabel Normand.—
23, Herbert Rawlinson.—24, Lois Wilson.—25, Antonio Mo-
reno.—26, Pearl White (Perla blanca).—27, William Farnum.—
28, Dorothy Phillips.—29, Georges Biscot.—30, Agnes Ayres.—
31, Douglas Fairbanks.—32, Constance Talmadge.—33, Rodol-
fo Valentino.—34, Shirley Mason.—35, J. Warren Kerrigan.—
36, Pauline Frederick.—37, Monte Blue.—38, Pola Negri.—39,
Jackie Coogan.—40, Mary Carr.—41, Victor Varconi.—42, Lil-
lian Gish.—43, Alberto Capozzi.—44, Eva May.—45, Tom Mix.—
46, Gloria Swanson.—47, Harry Carey (Cayena).—48, Gera-
ldine Farrar.—49, Larry Semon (Tomasin).—50, Leatrice Joy.—
51, Charles Jones.—52, Irene Castle.—53, Alberto Collo.—54,
Régine Dumien.—55, Jack Holt.—56, Norma Talmadge.—57,
Reginald Denny.—58, June Caprice.—59, Livio Pavanelli.—60,
Ruth Roland.—61, Tom Moore.—62, May Mac Avoy.—63, Ed-
die Polo.

¿Ha comprado usted ya el séptimo
volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA?

Último libro de nuestra popular
BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas
Profusión de fotografías — Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!

Recuerde los números anteriormente
publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre
La Novela de una Obrera
El hijo del mercado